

RECENSIONES DE LIBROS

Recensión de: Pont Martín, D. y González Sánchez, I., *Entre el azar y la necesidad: historia de una vida*, Barcelona, Editorial Virus, 2024.

Elena Algaba González

ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-1579-4885>

Universitat de Barcelona

Entre el azar y la necesidad: historia de una vida es el resultado del encuentro –de muchos encuentros– entre Daniel Pont e Ignacio González. A lo largo de treinta y tres horas de conversación que después se transformarán en estas doscientas sesenta y cuatro páginas, Pont cuenta la historia de su vida.

A pesar de alejarse del tono académico y buscar un público más general, esta obra surge desde los esquemas de análisis propios de la sociología. Por eso, desde el punto de vista sociológico, parte de la relevancia del libro reside en el propio uso de la historia de vida, que se inserta dentro de los métodos biográficos. Por lo general, estas herramientas de la metodología cualitativa han sido escasamente empleadas en España, tanto en las ciencias sociales en general, como en la criminología en particular. Aunque infrautilizadas, se pueden encontrar algunos ejemplos de historias de vida y biografías de personas cuya vida se entrecruza con el sistema penal. Por ejemplo, *A tumba abierta*, una autobiografía oral recogida por Oriol Romaní (1983) o *La historia de Julián*, la biografía anonimizada escrita por Juan Gamella (1990), que representan el resurgimiento de los métodos biográficos a finales de los años setenta tras su popularización en la Escuela de Chicago de los años veinte.

En la introducción, González Sánchez explica detalladamente cómo surge la idea de escribir este libro y cuál es el proceso que siguen sus autores. En cuanto a su metodología, el libro se sostiene en tres períodos de trabajo con un total de seis y ocho entrevistas abiertas y cinco sesiones de conversación durante la revisión de documentos y fotografías. El texto adquiere la forma de una narración, de la que Daniel Pont es la fuente oral. Su relato se mantiene prácticamente inalterado, sin que el libro

constituya una reescritura de lo que cuenta. Se acompaña, además, de fuentes documentales –cartas, fotografías o recortes de periódico– que ilustran algunos episodios de su vida.

Más allá de la importancia sociológica, se trata de una obra interesante, como anticipa González Sánchez. Primero, porque la vida de su protagonista también lo es; no solo por la peculiaridad de haber sido atracador profesional, haber estado en prisión o haber formado parte de la COPEL, sino porque la vida de Pont está plagada de historias y sucesos que tienen interés más allá de lo académico. En esa línea, el libro logra su objetivo de no centrar la historia de su protagonista en aquella parte que se entrelaza con el sistema penal. En cambio, se puede ver al joven que «salió rebelde», que fue también vago y maleante, peligroso social, «fuguista» y preso social; después, en libertad, atracador, hostelero, jardinero, conserje y jubilado; sin dejar de ser un activista anticarcelario y alguien que fue víctima de torturas; además de un novio, padre, compañero o amigo, entre muchas otras cosas.

También, el interés de la obra reside en aquello que va más allá de Daniel Pont como sujeto central de su propia historia, y tiene que ver con cómo esta se entrelaza con la de otras personas que aparecen y desaparecen de su narración y con los eventos que forman parte de la historia de la España reciente. En el relato están presentes, de fondo, los principales cambios sociales y acontecimientos de los últimos sesenta años: la apertura del régimen franquista en sus últimos años, la Transición a la democracia, la lucha por las amnistías, la represión y el terrorismo de Estado, la proliferación de los atracos, el despegue del consumo de drogas dentro y fuera de las cárceles, la entrada del euro, los movimientos antibelicistas y la guerra de Irak, las huelgas generales durante la crisis del 2008 o la reciente pandemia.

En los primeros dos capítulos, Pont cuenta cómo fue su infancia. Nace en 1949, hijo de una madre soltera en la posguerra, y es internado en un par de colegios, antes de entrar en un instituto del régimen. Décadas después, reflexiona sobre cómo en estos lugares empieza a experimentar la disciplina y el castigo y descubre también el apoyo mutuo y la solidaridad. Aquí se fuga por primera vez y se inicia en la «delincuencia juvenil», que le lleva a entrar en prisión con diecisiete años, por la aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes.

En los siguientes capítulos, explica su paso por varias cárceles franquistas, que recuerda como espacios dominados por la violencia y el miedo, donde es sometido a aislamiento por primera vez («el castigo dentro del castigo»), experimenta una sexualidad reprimida, y comienza a ver las diferencias entre presos políticos y sociales. Cuando sale, en 1972, entra en la mili, como medio para conseguir armas con las que dedicarse a hacer atracos, y vuelve a entrar a prisión unos meses más tarde. Este encierro, en el que va adquiriendo más conciencia política, fruto de las

relaciones que va estableciendo con otras personas, está protagonizado también por los intentos de fuga, sin que ninguno alcance a tener éxito.

Los capítulos del siete al diez nos sitúan en el centro de las reivindicaciones de la COPEL, en la que Pont jugó un papel muy activo. En su narración, se va describiendo la miríada de acciones que llevaron a cabo en apenas un par de años: la escritura de panfletos –a mano o con una imprenta improvisada–, la creación del himno a partir del *Bella Ciao*, las asambleas, el porte de pegatinas de la COPEL en la ropa, los motines (especialmente, el de Carabanchel de julio de 1977), el envío de las reivindicaciones y denuncias de malos tratos a jueces, partidos políticos, medios de comunicación e incluso organismos internacionales o las tan significativas rupturas de juicios y autolesiones. Pont recuerda, además, el apoyo social recibido durante aquellos años bulliciosos por parte de abogados, familiares, amigos, personas que habían estado presas y militantes de ideas libertarias, algunos organizados en los comités de apoyo a COPEL.

Se describe también la política estatal penitenciaria de esos años, que navegó entre la dispersión y la represión de quienes participaban en la COPEL y lo que Pont denomina la «dinámica de la zanahoria». La primera, se concretó en castigos, malos tratos, aislamiento y en conducciones especiales y «secuestros», que tuvieron como consecuencia la difusión de sus reivindicaciones por las cárceles de todo el país y desencadenó oleadas de movilizaciones de apoyo (Lorenzo, 2013). La segunda, por su parte, fue una puerta a la reforma a través del diálogo, que concluyó con la introducción de algunos cambios en el sistema penitenciario, como el régimen de cogestión. Esta se acompaña de la entrada de profesionales de la psicología, educadores y otros en las cárceles, que Pont describe como agentes de una dinámica de control más técnico.

A partir del capítulo once, que se sitúa en abril de 1979, la historia transcurre en libertad, con dos excepciones. Primero, un encierro en Carabanchel de varias semanas en 1980 tras ser detenido acusado de un atraco y torturado en la Dirección General de Seguridad, con aplicación de la ley antiterrorista. Después, en 1985, estuvo unas semanas en prisión acusado de un atraco en el que explica que no participó, hasta que el caso fue sobreseído. En esa estancia, llega a ser testigo del sistema modular en que se transformaron las instituciones penitenciarias en las décadas siguientes a su puesta en libertad. Este nuevo sistema, según explica Brandariz (2016: 71) e intuye Pont, limitaba las relaciones personales y la movilidad de los presos, contribuyendo a la minimización de las fugas y los motines característicos de finales de los años 80 y principios de los 90.

Desde su salida en 1979, se dedica profesionalmente a los atracos durante algún tiempo, aunque la falta de garantías y profesionalidad –por la dinámica que denomina del *deprisa, deprisa*, vinculada a la proliferación de las drogas– y el deseo de evitar volver a entrar en la cárcel, le llevan a abandonar esta forma de vida y buscar otras salidas. Después de la

cárcel, se dedica a la hostelería durante algún tiempo, abre un pub en Almería, luego un bar en Madrid, unos chiringuitos en Dénia, una consulta de reflexología en Barcelona, donde también trabaja como jardinero y conserje; y acaba retirándose, ya jubilado, a un pueblo de Girona, donde aún reside. En ese tiempo encadena también varias parejas, forja nuevas amistades, entierra a su madre, cría a una hija y tiene un nieto.

En todo el relato, tal y como corresponde a las historias de vida, el estilo de la narración mantiene la forma de expresarse característica de quien habla. Por ejemplo, los laísmos que ya son advertidos en una nota al comienzo del libro o las expresiones que le son propias –y a su época, contexto social y politización– cargadas de significado, como la «Transacción», el «educastador» o las «expropiaciones» y «limpiezas». Tanto es así, que más allá de la diferencia entre el lenguaje hablado (después transcrito) y el directamente escrito, se reconoce la misma voz del conjunto del libro en el epílogo, firmado por Daniel Pont. Ambos están atravesados por la autorreflexión, que explica, justifica y es crítica con episodios de su vida y sus acciones. Esta es propia de una persona que mira pasajes de su vida desde la distancia que otorgan las décadas, y también la que corresponde a alguien con un alto nivel de autoconciencia y de politización. Así, más allá de la reflexión final que ofrece en el epílogo, la narración ya atestigua la reflexión sobre su propia posición social, su toma de conciencia política, los sucesos que resultaron empoderantes o las dinámicas sociales que tuvieron influencia en su vida de diferentes maneras.

Concretamente, su politización bebe mucho del contexto social que le rodeaba. En el hervidero ideológico de la transición, y especialmente dentro de la cárcel, toma contacto con presos políticos, con militantes de ETA político-militar, con comunistas, integrantes de los GRAPO, anarquistas o personas que pertenecían a movimientos autónomos de otros países. Las conversaciones y lecturas compartidas, junto con las propias experiencias vividas, favorecen en Pont la reflexión acerca de las estructuras sociales, las instituciones estatales o los valores humanos. Su orientación cristalizará no solo en las luchas que lleva a cabo durante su tiempo en prisión, sino también en el activismo posterior: en un grupo ecologista, en el seno del movimiento antibelicista durante la guerra de Irak o a nivel vecinal, para reclamar un parque en el barrio en que vivía en Dénia. Pero, sin duda, el centro de su actividad política tiene que ver con la lucha anticarcelaria, por haber sufrido la institución en sus propias carnes, que le lleva a participar en charlas y jornadas de denuncia de la tortura, a crear un programa de radio, grabar un documental sobre la historia de la COPEL o integrarse en colectivos anticarcelarios.

Finalmente, en el epílogo, la reflexividad y la conciencia política de Pont se concretan en algunas cuestiones con las que elige cerrar su propia historia: sobre una vida construida «al margen», la justicia como herramienta represiva y de perpetuación de las desigualdades, la impuni-

dad en la práctica de la tortura –incluso en democracia–, la importancia de los afectos o la necesidad de abolir no solo la cárcel, sino la cultura del castigo en general.

Aunque en el libro no se realiza un análisis sociológico de la historia de vida que se presenta –y solo se anticipa de cara a futuras publicaciones–, se intuyen perfectamente los encajes en el relato de algunas de las principales teorías o conceptos de la criminología y la sociología jurídico-penal. Por ejemplo, la teoría de los contactos diferenciales de Sutherland, desde los muchachos que le enseñaron a hurtar, pasando por la importancia de «la tribu» en el delincuente social, hasta la «universidad carcelaria», donde explica que circulaban los conocimientos sobre atracos. O los efectos de la *prisionización*, como la represión de la sexualidad o las dificultades para comunicarse y relacionarse de manera serena y equilibrada con el mundo libre, que nota tanto en sí mismo como en otras personas más jóvenes que han pasado por la cárcel.

La historia de vida de Daniel Pont, recogida con paciencia por Ignacio González a lo largo de tres años, es el reflejo inequívoco de la importancia que tienen los acontecimientos y la relación con el contexto social, con otras personas y sus subjetividades, en la conformación y evolución de una persona. Y, en particular, para quien tenga interés en el sistema penal y lo que hace con las personas, esta historia es un ejemplo –de tantos que hay– de la huella indeleble que deja la cárcel. Por suerte, en este caso, es el cimiento de la conciencia política y el empoderamiento de una persona que, desafortunadamente, contempló a muchos otros perecer por el camino.

Referencias bibliográficas

- BRANDARIZ GARCÍA, JOSÉ ÁNGEL (2016). Entre la rehabilitación, la incapacitación y el gerencialismo: tránsitos de retóricas y prácticas del sistema penitenciario español. En J. García-Borés Espí, e J.I. Rivera Beiras, (coords.), *La cárcel dispar. Retóricas de legitimación y mecanismos externos para la defensa de los Derechos Humanos en el ámbito penitenciario* (65-89). Observatori del Sistema Penal i els Drets Humans, Universitat de Barcelona. <https://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2017/03/doctrina44981.pdf#page=71>.
- GAMELLA, JUAN (1990). *La historia de Julián*. Madrid: Editorial Popular.
- LORENZO RUBIO, CÉSAR (2013). *Cárceles en llamas: el movimiento de presos sociales en la transición*. Barcelona: Virus Editorial.
- ROMANÍ I ALFONSO, ORIOL (1983). *A tumba abierta: autobiografía de un grifota*. Anagrama, Barcelona.

